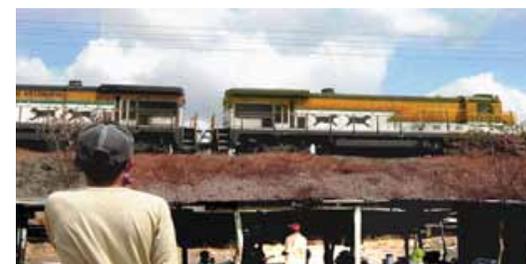
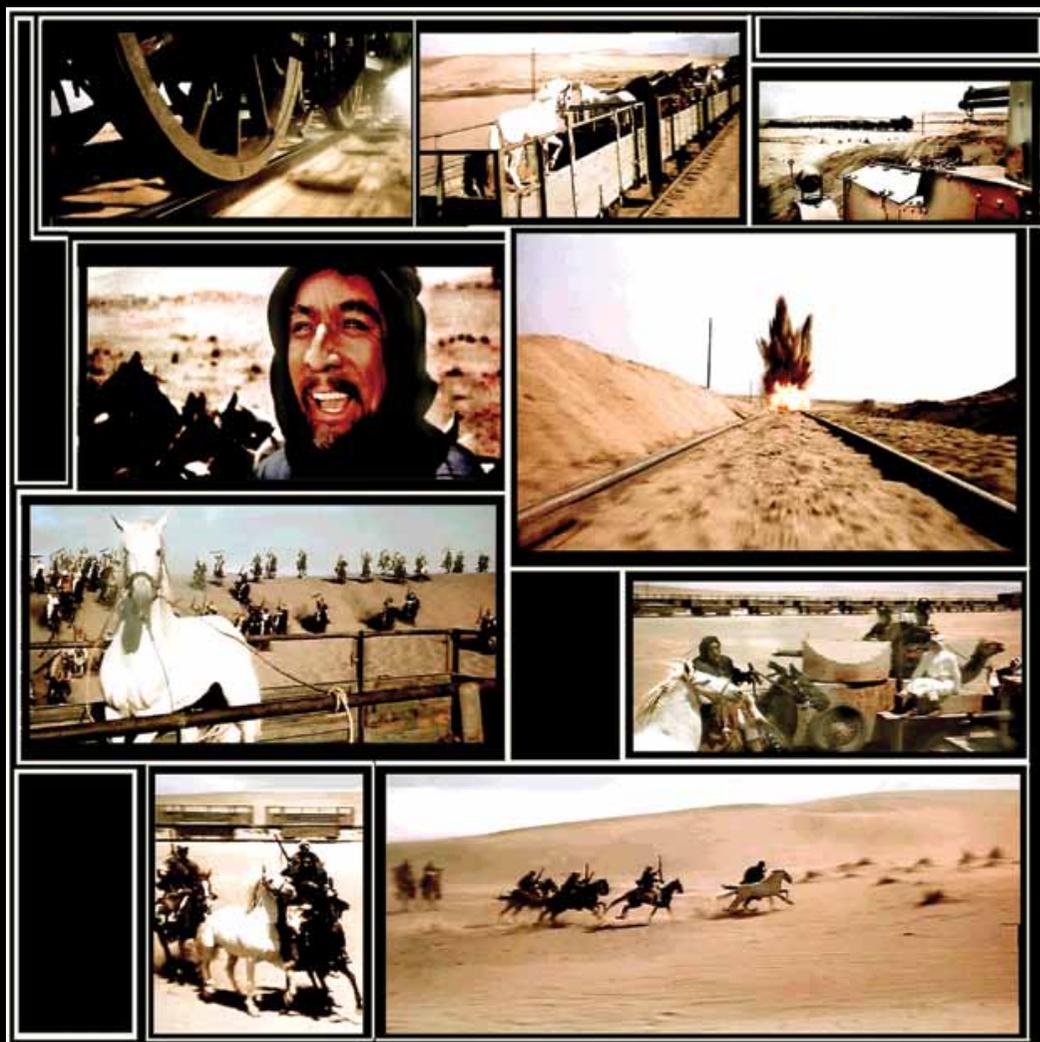


## My Favorite Things



13:44 *El Hombre de la Carga*  
Cuatro Vías, Guajira  
G. Lofredo (2007)

Ese sería el día del carbón y los trenes. Calor seco. Remolinos de polvo minero. Olores diesel y ronroneo de marketing industrial. Los proyectos industriales atraen al Reta como los dinosaurios a los niños. La visita a El Cerrejón estaba prevista. Alguien se ocupó de obtener los permisos, adelantar los datos personales del interesado, conseguirle cupo en el tour de la tarde. Nadie anticipó que el interés personal del Reta por la ingeniería, la mecánica, y especialmente por los trenes terminaría enredándolo otra vez con el Jorge 40, el que, se dice, hizo que sucediera lo de Portete, el que terminó extraditado. ¿Qué puede vincular a un Jefe de las AUC Bloque Norte con una familia de poder de Alabama, y a los aspirantes a la Presidencia en el 2008, con el asesinato contratado de unos dirigentes sindicales del carbón en La Guajira? Paciencia: un día complicado.

Durante la visita a la mina se reencontró con la mujer que en Cabo de Vela le había dicho que era jueza y dictaba seminarios sobre el Debido Proceso Judicial. Una mujer muy atractiva, pelirroja y pecosa que dejó un tanto agitado al Reta esa noche guindado en el chinchorro. Apareció también la anunciada Ingrid, transformada ahora en una calificada geóloga de minas. La Africana, por su parte, atrajo la atención de un asesor de



*Ters Attempting  
Reconstruction  
Delirecek  
Deviant Arts (2009)*

seguridad industrial de El Cerrejón, un hombre casi blanco nacido en una granja de maní cerca de Atlanta, en Georgia, medio siglo antes. Cuando se graduó de la secundaria se hizo voluntario en la campaña de Jimmy Carter y terminó en Washington de corre, ve y dile de un diputado bisoño. Un motociclista de pocas palabras y sonrisa constante que decía gustar de rodar moto en el desierto. Tanta convergencia. Mucha casualidad. Culpa de las motos.

Cuando terminó el tour de la mina, cada cual volvió a lo suyo. La jueza y el Reta quedaron en volver a verse, sin detalles ni compromiso. Sólo un discreto interés cruzado. Pero hubo más y, como siempre, las cosas se complicaron.

El trajín de la mina derivó a un hotel tres estrellas de Uribia que cobija ingenieros, contratistas, capataces, escoltas y chóferes ligados de algún modo al carbón o al comercio. No es un sitio para el turismo organizado. Si llega un turista, es de los solitarios que parecen haberse perdido en alguna vuelta del camino menos transitado. Había pocos clientes y el restaurante estaba vacío cuando Aparicio Retaguardia llegó con su cuaderno de apuntes y las Hojas de Ruta. Traía el bastón rejuvenecido en el que se apoyaba cada vez con más frecuencia para quitarle peso a la rodilla.

Esa tarde, caminando por el barrio de las ferreterías, encontró un sitio donde vendían aceite de linaza por galón. Cuando mostró el bastón al encargado y explicó que era sólo para quitarle el polvo y el seco a la madera, el hombre untó un trapo y se lo pasó por encima del mostrador. El bastón chupó aceite como animal sediento. Un cliente que esperaba turno asintió aprobando el trato que daba el viajero a su acompañante. El encargado no le quiso cobrar.

Un comedor sin gente no abre ni quita el apetito. Hace dudar al que mira y huele a gestación desde la entrada. A través de la ventanilla de la puerta batiente que da a la cocina se puede ver, rodeadas de vapor, a dos mujeres que ríen. La que asiste lagrimea como si picara cebolla. Hay un radio encendido en un programa de asuntos del corazón. La cocinera machaca carne cruda con un mazo de madera y en una pausa ve al cliente que les mira desde la entrada al comedor y avisa. Un hombre de camisa blanca y pantalones negros empuja la puerta batiente y cruza el salón con una servilleta limpia

sobre el brazo y sin reloj en la muñeca. Se escucha de lejos un largo bocinazo, el ronquido de motores y un leve traqueteo que hace temblar las copas.

Bienvenido, caballero. Es el tren de las ocho. Pase sin pena. Es incómodo ser el primer comensal cuando el sitio no parece estar aún abierto al público. Hasta elegir mesa se complica. El mesero lee al cliente: solo, tímido, transparente. Es su casa y la mejor mesa. Aire fresco y sin bulla. La de la suerte para el tempranero que pronto estará con agradable compañía. El Reta busca en la mirada del mesero algo que le aclare el pronóstico y encuentra sólo la confianza cordial del que conoce su salsa. Tiene razón, el hombre: desde allí verá llegar a quien sea y podrá medir el interés de cada cual, y todo sin compromiso. Un timbre de picardía y la mirada franca le devuelven un soplo de ánimo a la noche despejada con cortesía.

Es el de las ocho. En La Guajira los trenes trabajan. No son reliquias. Están vivos a su manera, hacen lo suyo ignorando a la gente que los rodea, que no son pocos y que, cuando se les pregunta sobre lo que hacen, dicen que trabajan para el tren, para el Hombre de la Carga. También dicen que lo hacen para el carbón. Pero se refieren a la carga que lleva el tren. Los gestos que acompañan la referencia al carbón apuntan más al terraplén, a las rieles que cortan el asfalto o que cruzan sobre la ruta por los puentes de hierro negro. El tren puede ser un villano ladrón, pero se mueve, hace ruido, entra y sale de donde vive su gente, hace temblar el café en la taza, mece el foco que cuelga del techo, se deja sentir cuando pasa, y cuando se atrasa o se ausenta, todos preguntan qué habrá sucedido.

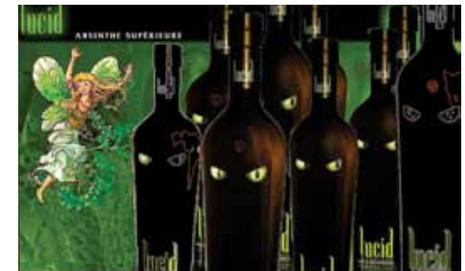
Desde la mesa asignada, el Reta puede ver las otras seis, así como los cuatro taburetes de la barra de cara a las botellas de anisados, el licor de café y el espejo detrás. Sobre la repisa de vidrio, hacia el lado del teléfono y el pasillo de servicios, hay una Virgen negra dando pecho a un recién nacido de piel rosada. Medio escondido del otro lado, San Lázaro atiende la salud de los que beben con alegría o están golpeados por la tristeza, comatosos de tedio.

Cruzando la sala, en la penumbra, en un espacio de pared, cuelga una pin-



*Ocean Recovery  
Delirecek  
Deviant Arts (2009)*

*Absinthe Supérieure  
Niebla Verde de  
Brujas*





*Giant Steps*  
Luna Llena  
G. Lofredo (2007)

tura casi escondida, como si estuviera allí para mirar y oír, para presenciar y ser testigo, más que para decorar o mostrarse. Simple. Tres franjas horizontales. Cielo, mar y arena. Un tejido rojo bordado con líneas blancas en rombo se sacude al viento que le deshilacha el borde.

El mesero regresa con una media jarra de jugo de fruta fresca y dos copas altas: una vacía y la otra con una medida generosa

de ron blanco. Sumo de maracuyá. ¿Fundamento? Sí, gracias. Seco y doble. Bienvenido. Bebe y piensa en trenes.

Abre el cuaderno de apuntes, sus hojas de ruta, fecha la entrada del día en una página nueva y titula: Carbón y Rieles. De tanto golpe se me muere la cámara, escribe. Ya no me obedece. Magallanes. Se está quedando ciega. Saca y mete las lentes del cuerpo hasta quedarse sin fuerza. El mensaje de pantalla pide le traigan un cura. Quiere confesar. Ha visto tanto que necesita olvidar.

*La luna me embrujó y me llevó hasta ti,  
veneno del amor que yo feliz bebí  
Y aunque mi pecho ardió y me abrasó la piel,  
me supo dulce como la miel*

Guardó la ficha de memoria a la salida de El Cerrejón. Tenía que disciplinarse más con los apuntes. Cuando repasaba lo anotado pocos días antes se le hacía difícil reconstruir lo sucedido. Como ese confuso intercambio con Isidro: Ya llevamos tiempo juntos y sigo poco claro. ¿Usted, Don Aparicio, en qué piensa? ¿Por qué anda como gitano por ahí y por acá? ¿No tiene familia? ¿Casa? ¿Qué quiere? ¿Qué propone?

*Tus ojos bandidos robaron con cuentos la sangre  
y la vida de mi corazón  
Tu ausencia en mis noches provoca lamentos,  
suspiros y llantos, y oscura pasión*

Debe haber sido el “¿Qué propone?” lo que provocó al Reta, porque en seguida anotó: Decencia o Paredón. Inventen el detector de hijueputas. Que no falle ni dude. Mentira. Nada Isidro. Nada.

Decepciona admitirlo pero es lo menos falso: él es un solitario chicletero de distancia que sabrá que le toca cuando le toque, pero no sabrá de dónde le vendrá el sacatrazo. Disfrutará del paseo y las sorpresas como se vive el torneado sin anestesia del nervio de un molar. Lúcido y en paz. Bandido. De la cocina llega una balada de Azúcar Moreno entre risas y cacerolas. El Reta recuerda la canción pero no dónde ni cuándo se le metió en el sistema.

*Y ahora cada vez que de mi lado te vas,  
siento el dolor crecer más y más  
Tus ojos bandidos robaron con cuentos la sangre  
y la vida de mi corazón*

Al final de la página, el Reta escribe en su cuaderno: Lawrence descarrila trenes turcos en el desierto. Auda abu Tayi. Honor beduino. Flamenco y conquista. Caballo blanco. Anthony Quinn. Howeitat. Rebelión desierto 1917. Dátiles de samaritana. 13:44 My Favorite Things.



Gaza, Palestina  
G. Lofredo  
Enero 3, 2009